

5
7

El Fomento de las Artes.

DISCURSO

LEIDO POR

D. ANTONIO IGLESIAS BIOSCA

MAESTRO DE PRIMERA ENSEÑANZA SUPERIOR,

EN LA SESIÓN CELEBRADA

EL DÍA 20 DE AGOSTO DE 1882.



GRANADA.

IMP. DE PAULINO VENTURA SABATEL,

Mesones, 52.

1882.

122062488

| | |
|--------------------------|---|
| Biblioteka Univerzitetna | |
| CANADA | |
| | C |
| 19 | |
| 39(7) | |

1970
1971
1972
1973
1974
1975
1976
1977
1978
1979
1980

El Fomento de las Artes.

DISCURSO

LEIDO POR

D. ANTONIO IGLESIAS BIOSCA

MAESTRO DE PRIMERA ENSEÑANZA SUPERIOR,

EN LA SESIÓN CELEBRADA

EL DÍA 20 DE AGOSTO DE 1882.

*M. Ilmo. Sr. D. Juan Fernando Vireno,
Director Grat. de Instrucción pública,
Presidente honorario de esta Sociedad,
en prueba de consideración y respeto
Antonio Iglesias Biosca*

GRANADA.

IMP. DE PAULINO VENTURA SABATEL,
Mesones, 52.
1882.



1999

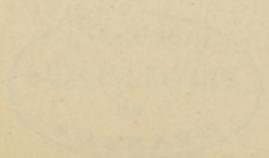
El Encanto de las Artes

D. Emilio Castelar
Discurso

D. ANTONIO GILBERTO BIZARRA

Discurso de recepción en el

Ateneo de Madrid



AL EXCMO. SR.

D. Emilio Castelar,

*en testimonio de la más distinguida
consideración y de la más sincera
amistad,*

ANTONIO IGLESIAS BIOSCA.

TEMA.— Importancia y desarrollo del arte de imprimir.

SEÑORES:

Con viva emoción vengo á ocupar la tribuna de *El Fomento de las Artes*, y vengo, no á satisfacer pueril vanidad mundana: sí á satisfacer el cumplimiento de un deber. Y vengo con viva emoción, porque nada para mí más honrado, más justo, más merecedor de alabanza que esta reunión, en su mayoría de obreros, ávidos todos de cultivar su inteligencia, para así mantener dignamente los indisolubles lazos que á la sociedad en general les unen, como hombres que son. Y ese deber que á este sitio me trae, me lo impone, no tan solo el hecho de ser socio, si que también el modesto título profesional que ostento; porque siendo uno de los objetos principales de la asociación la instrucción de sus asociados, los que espontáneamente hemos aceptado tan espinoso cargo, guiados por nuestro amor al obrero y á la enseñanza, no debemos escatimar ni un solo medio hasta ver realizado nuestro pensamiento.

Si con mi pobre imaginación bien poco puedo para ayudar eficazmente á mis queridos compañeros, alientame en esta empresa una gran fe y un gran deseo, que servirán, cuando menos, de modesto auxilio á los que, más competentes que yo, estarán aquí uno y otro dia, firmes siempre en su empeño, y probando elocuentemente á cada instante esa riqueza de conocimientos que poseen, y que son el galardón más brillante á que aspirarse puede en el presente siglo: el galardón de la ciencia. Con ellos estaré yo como alumno, y será para mi satisfacción inmensa saber recoger provechosamente el fruto que con sus enseñanzas nos brinden, que socio soy yo también y socio que necesita la instruccion de que carece.

Cuerdamente anduvo mi querido y respetable maestro señor don José Aguilera y Lopez, con cuya amistad me honro, en traernos á la escuela. ¿Qué otro sitio mejor pudiéramos haber escogido para celebrar estas nuestras reuniones de organización y propaganda? Ninguno. Yo le felicito con toda la efusión de mi alma. Si á la escuela venimos en nuestros primeros años, y venimos á moldear en ella la inteligencia que solo de Dios recibimos, como don preciado con que nos enriquece y distingue de los demás seres de la creación, y venimos precisamente en esa edad en que todo nos sonríe, en que todo es para nosotros doradas ilusiones que acariciamos con singular entusiasmo, edad querida en que solo enturbia nuestra inocente felicidad algún que otro capricho pasajero que se nos priva de satisfacer, sola y exclusivamente por-

que él pudiéramos perjudicarnos, y que venimos las más de las veces con amor y con cariño, ávidos de estudiar, aún cuando no siempre consigamos el resultado que nos propusiéramos, ni menos aún el que nuestros queridos padres ambicionaran, en aras no más de ese interés vivísimo que en su corazón sienten, y que Dios anima, justo es que cuando el niño es hombre venga también á la escuela, porque al entrar en ella y recordar las doradas ilusiones de ayer, y las compare con la triste realidad de hoy, pueda servirle de lenitivo á sus pasadas fatigas y á sus continuos trabajos la santa paz que en la escuela se disfruta, y el eco lejano que en ella ha de percibir de sus primeros años, que acariciaban alegremente sus padres y su maestro.

La escuela: base firme é inquebrantable de la civilización y del progreso. La escuela: palanca poderosa del saber humano. La escuela: campo fructífero de toda idea y de todo sentimiento honrado y noble. La escuela: templo humilde donde se rinde fervoroso culto á la humanidad y en el que se aspira ese aliento vivificador que informa nuestra generación actual y que responde dignamente al progreso constante de nuestro siglo, que se abre paso por entre esos erizados eriales que se llaman ignorancia y fanatismo. La escuela: que todas las naciones á porfía procuran levantar al más alto grado de perfección y que en España, por desgracia, no ha merecido aún el respeto que su nobilísima misión está pidiendo años hace. Y ese olvido que para la escuela se tiene, y que en algún tiem-

po no habrá de desaparecer, bien á pesar de cuantos en ella viven y de cuantos la consideramos como parte integrante de nuestro sér, está representado tristemente en el martirio sufrido por el maestro, martirio que todos conocemos, y que no es este el momento oportuno de recordar ni aún en sus más leves detalles.

Hablo de la escuela, hablo del maestro, y no puedo menos de traer á vuestra memoria el recuerdo del primer Congreso pedagógico que se ha celebrado, cuyo Congreso ha venido á ser protesta viva de ese olvido y de ese martirio que os decía, puesto que ha conseguido levantar la opinión pública en favor de la escuela y del maestro, opinión que se hallaba extraviada con grave daño de tan sagrados intereses. Y á legalizar esa protesta, y á darle su verdadero sentido y á darle también toda la importancia que entraña, vino la palabra mágica y la elocuencia sublime de ese gran hombre de Estado que se llama Emilio Castelar, á quién el mundo todo tan justamente admira y aplaude, palabra y elocuencia que nos encarecía mi maestro vivamente impresionado, y con lágrimas en sus ojos, el día primero en que aquí nos reunimos por su iniciativa para dar forma y vida á esta Asociación, fecha que se halla esculpida en ese mármol, cuya blancura es signo imperecedero de la pureza de nuestras aspiraciones y de nuestros deseos.

Yo os prometo que en el instante mismo en que á mis manos llegue un ejemplar de esa notabilísima conferencia, habré de daros lectura de ella, que así

como *El Fomento de las Artes* no puede olvidar jamás que el día 18 de Junio de 1882 celebró su primera sesión, y que sus socios todos están obligados á la propaganda de la idea, y á su más pronta y eficaz realización, los Maestros de instrucción primaria no podemos olvidar tampoco la elocuencia mágica del hombre honrado é ilustre que al vindicar nuestra honra y nuestros derechos, ha hecho suya nuestra causa, y que estamos obligados por lo tanto á demostrar públicamente nuestro agradecimiento, ya que en nuestra alma lo hemos escrito con caracteres indelebles.

No es menos digna de elogios, que los merece cumplidamente, la Institución libre que con sus conferencias á los Maestros ha probado cuanto valen para la enseñanza una fe inquebrantable y una constancia sin ejemplo. Aplaudámosla, pues, sin reserva alguna, que al aplaudirla rendimos á la justicia sincero tributo.

En aras también de esa justicia debemos gratitud inmensa á *El Fomento de las Artes* de Madrid, puesto que por su iniciativa tuvo lugar el Congreso pedagógico, y como consecuencia de él los demás actos que dejo consignados. Yo saludo á esa Sociedad, nuestra hermana, con el cariño á que tan justamente se ha hecho acreedora.

Llegamos ya al tema objeto de este discurso: *Importancia y desarrollo del arte de imprimir*.

Yo bien sé, señores, que el tema enunciado es su-



perior á mis fuerzas, que ante él debiera enmudecer y dejar plaza á inteligencias mejor cultivadas que la mia; pero puede en mí más el entusiasmo con que á este sitio vengo, que el temor que me inspira mi carencia de condiciones para esta clase de trabajos, y amparándome en la grandeza del tema mismo, abrigo la seguridad de que, al desarrollarlo, han de quedar oscurecidas mis faltas, y que sobre ellas resaltará siempre la luz potente con que la imprenta brilla por el mundo entero.

¡Guttenberg! He ahí el hombre ilustre de quién nos vamos á ocupar, y á quien la humanidad debe más que á otro alguno el progreso actual de que disfruta.

Veamos por qué.

Antes de que Guttenberg llegara á realizar sus propósitos, propósitos que le costaron multitud de quebrantos y sinsabores, quebrantos y sinsabores de que jamás han estado libres los génios que como él han sacrificado su vida en provecho de la humanidad y en aras de la idea que les animaba; idea por la que cobraban nuevas fuerzas y nuevos alientos, cuanto mayores eran sus desengaños; el pensamiento del hombre, con ser tan grande, con ser tan fecundo, se hallaba sujeto ante el procedimiento que se seguía para dar forma á ese pensamiento mismo y hacerlo llevar á generaciones venideras; generaciones que estudiando los usos y las costumbres de las ya pasadas, estudiarían también, en la enseñanza que de esos usos y de esas costumbres habian de sacar, la necesidad de que llegase un día en que rompiéndose los estrechos

moldes en que se encerraba la palabra escrita, fuera esta tan poderosa, que ante ella se anularan los privilegios irritantes que manchaban la dignidad del hombre y que ante ella también temblaran y enmudecieran los magnates que lo oprimían y explotaban.

Porque entonces, señores, era privilegio exclusivo del dinero la adquisición de los libros manuscritos que se publicaban, atendido al subido precio á que se vendían, y ese privilegio, que pudiéramos considerar como muralla interpuesta entre el pensamiento del hombre y el hombre mismo, imposibilitaba la marcha constante del progreso, y esa marcha imposibilitada, en contra de todas las leyes de la naturaleza, y ese progreso interrumpido, aún cuando momentáneamente, derribaron la muralla interpuesta al solo anuncio del sublime invento de la imprenta.

¡Gloria y honor á Guttenberg!

Guttenberg, al darnos la imprenta, nos dió el poder más omnipotente que existe en el universo. Guttenberg, al darnos la imprenta, demostró ser amantísimo hijo de la civilización y del progreso. Guttenberg, al darnos la imprenta, rasgó las nubes de la ignorancia y abrió á los ojos de la humanidad, horizonte tan dilatado como necesitaba para buscar en ellos la ciencia y el saber.

La ciencia y el saber, señores, que son la verdadera nobleza. La ciencia y el saber, señores, que son la verdadera hidalguía. La ciencia y el saber, señores, que son el único poder permanente de este mundo. La ciencia y el saber, señores, que son la base funda-

mental de esta Asociación; porque aquí venimos en busca de esa ciencia y de ese saber, no para enorgullecernos con ellas si las llegamos á lograr, si para enriquecernos tan justamente como necesitamos los que vivimos del trabajo y los que en el trabajo fundamos nuestra mayor satisfacción.

Sin la imprenta, viviríamos en la ignorancia; y el ignorante, cuando en sus manos no tiene los medios de sacudir esa esclavitud, que esclavitud es, y esclavitud horrenda, merece compasión. Mas la imprenta nos dió ancho campo para borrar esa ignorancia y libertarnos de esa esclavitud, y si así no lo hubiéramos hecho la maldición de la historia sería leve castigo para culpa tan criminal.

Con la imprenta llegaron dias en que el pensamiento del hombre corría con velocidad sin igual; en que ese pensamiento traducido en ideas, y en ideas que se multiplicaban pasmosamente, y en ideas que los hombres acogian con entusiasmo y con cariño, porque les enseñaban nuevos derroteros que seguir, para ellos hasta entonces desconocidos, les enseñaban también lo que el hombre era y lo que el hombre estaba llamado á ser. Y esa enseñanza, que hubiera sido nula sin la imprenta, fué de provechosos resultados, y esa enseñanza, siempre viva, siempre latente, cada un dia más con nuevos bríos, es la que nos lleva en pos del progreso, que ningún poder humano es bastante á contrarrestar.

Decidme si no tiene importancia el arte de imprimir. Decidme si no llevo razón al asegurar que á Gut-

tenberg debemos, más que á otro hombre alguno, una gran parte de nuestro progreso actual.

Y en esa obra de continua lucha y de continuo trabajo, obra que jamás nos cansaremos de ensalzar y de aplaudir, ha tomado parte muy activa esa encarnación viviente, por decirlo así, del espíritu incansable que nos anima, y que llamamos periodismo. Porque si el libro es factor importante de ese mismo trabajo, y como tal, compañero fiel del hombre que uno y otro día dedica sus desvelos al estudio y el libro merece por tanto estimación profunda, el periodismo es el amigo cariñoso que diariamente nos visita para darnos cuenta de toda clase de acontecimientos, y tiene derecho también á nuestra consideración y á nuestro respeto.

Yo he sentido y sentiré siempre por el periodismo amor sin límites, y de ese amor ha nacido en mí afición justa y honrada que en más de una ocasión he podido cultivar, y que aún hoy mismo cultivo en la redacción de una modesta revista profesional que todos conoceis. En la redacción de EL PROFESORADO.

La vida del periodismo, señores, impone sacrificios sin cuento, trae en sí compromisos sagrados é ineludibles que cumplir, obliga á estar siempre con valor y ánimo decidido para defender las ideas y los principios que formen el credo aceptado sin presión alguna, y sola y únicamente por la convicción que nos inspiran esas mismas ideas y esos mismos principios, convicción que nos da la fé con que en nuestra alma deben arraigarse para jamás olvidarlos, porque cuando en esta esfera se mueve el periodismo, cumple digna-



mente la noble misión que sobre sí tiene, y la conciencia del periodista goza tranquila, y con legítimo orgullo, satisfacción inmensa por su trabajo

He ahí por qué es el periodismo merecedor por nuestra parte de toda clase de alabanzas, de toda clase de respetos; he ahí porqué jamás mancharemos con nuestra pluma la hoja en que hayamos de escribir, vertiendo en ella ideas y principios contrarios á nuestra dignidad y á nuestro honor, y ménos aún lanzar con loco atrevimiento afirmaciones desprovistas de toda verdad, por el sólo deseo de mancillar la honra ajena, como si así no mancilláramos la propia, porque nuestra conciencia entonces se sublevaría justamente y al acusarnos con su poderosa lógica no sabríamos resistir la elocuencia de su voz, inspirada por Dios mismo.

Cuando el periodismo es tal y cual lo hemos definido, que es precisamente como lo sentimos en todo nuestro ser, doblamos ante él nuestra rodilla, nos descubrimos y le rendimos fervoroso culto.

Mas como en esta vida son necesarios los contrastes, en el periodismo, reflejo de esa misma vida, existen también, aún cuando afortunadamente en muy escaso número, y esos contrastes, señores, están representados á las mil maravillas por los que, bastardeando el periodismo, se valen de él para satisfacer inicuas venganzas, é injustos rencores, pues lo que en sus manos debiera ser arma noble y poderosa que esgrimieran en favor de la humanidad y del progreso, la convierten no más en arma traidora con la que

acechan cobardemente para dar el golpe á mansalva, saciando así la envidia que les alienta y les anima. Pero esos contrastes duran poco, porque viven vida raquítica, que pronto se les apaga, y si dejan recuerdo alguno, es sólo el de la compasión y el de la lástima, porque lástima y compasión merecen los seres que, abandonando el camino de la virtud, huyen de ella desgraciadamente, desoyen la voz de su conciencia, que es la voz de Dios, y se entregan despiadadamente en brazos del infierno, que sólo el infierno puede adobar los colores de la paleta de que se valen para emborronar sus cuadros, colores que al ser manejados con violencia, y violencia que excita la misma pasión con que se mueven, manchan sí, pero manchan sola y únicamente al desgraciado que olvidando sus deberes se dejó alucinar de satisfacciones impuras que debió antes matar en el fondo de su corazón.

Perdonemos á esos desgraciados, que perdón necesitan, puesto que así honramos á la justicia divina.

Yo saludo cariñosamente á mis compañeros los periodistas que me escuchan; pues nada más justo que saludarlos en el instante en que del periodismo hablaba, y les suplico que, si con mis palabras no he interpretado acertadamente sus aspiraciones y sus deseos, vean en ellas tan solo la expresión sincera de mi entusiasmo y de mi amor por el periodismo, y que así las juzguen únicamente.

Hijos son, é hijos legítimos de la imprenta el libro y el periódico. Ante ellos ceden toda clase de tiranías y hasta los poderes más absolutos, que se creían por

siempre en la posesión de los derechos del hombre. derechos que profanaban impiamente, han venido desmoronándose al embate de esos poderosos elementos que á Guttenberg debemos, y de que la civilización se vanagloria tan justamente. El libro y el periódico contribuyen con eficacia sin igual al mejoramiento moral é intelectual del hombre, y el libro y el periódico se abren paso entre todas las clases sociales; y lo que un tiempo fué patrimonio exclusivo de la fortuna, ha llegado á ser hoy tan general, cuanto necesitaban todos los que verdaderamente ansían la marcha progresiva de la educación popular.

¡Loor eterno al libro y al periódico!

Creemos haber demostrado la importancia del arte de imprimir, y vamos ahora á ocuparnos del desarrollo de ese mismo arte.

Dícenos la historia, que á mediados del siglo XV no se conocía la imprenta, y que los libros que por aquel entonces se publicaban eran manuscritos, cuyo trabajo se hallaba á cargo de un determinado número de personas que se llamaban copistas, entre los que había algunos considerados como verdaderas notabilidades, y aún cuando éstos fueran muchos y su deseo mayor aún, jamás lograron reproducir sus libros más que en muy escaso número, y esto mismo hacia que su precio fuese exorbitante y que su adquisición estuviese limitada.

Usábanse también en aquellos tiempos pergaminos, á los que se traspasaban figuras de devoción y algún que otro trabajo de esta índole, grabados todos ellos toscamente en tablas delgadas de madera, cuyas figuras y trabajos iban acompañados de una concisa explicación que servía para dar idea del asunto que representaban.

Vemos, pues, que no era esto la imprenta y que con esos manuscritos y esos pergaminos no hubiéramos llegado jamás al grado de ilustración en que nos encontramos, y como esa ilustración nos era necesaria y había de llegar, llegó también el momento de la imprenta, y la imprenta nos la dió un alma inspirada por Dios y encarnada por Dios mismo en la persona de un hombre. Este hombre fué Guttenberg.

Nació Guttenberg en Maguncia el año 1400, en cuya ciudad pasó los primeros años de su vida, y cuando el ilustre inventor contaba veinte de edad, hubo de trasladar su residencia á Strasburgo donde, cediendo á esa inspiración que le animaba, renunció á la carrera de las armas, y dedicó su actividad, su talento y su escasa renta á los primeros ensayos del ideal que á toda costa intentaba realizar. Vanos resultaron estos sus primeros ensayos para los que necesitó el auxilio de tres hombres, que fueron Heilmann, Dritzehen y Riffe, porque á más de ver agotados todos los recursos de que pudieron disponer, á costa de grandes privaciones, la muerte inutilizó uno á uno y en bien corto espacio de tiempo á sus tres auxiliares, y agobiado por las deudas que tuvo nece-

sidad de contraer y por el litigio que incoaron algunos de los herederos de sus mismos auxiliares, regresó á su pais natal, no para abandonar su proyecto, si para acariciarlo aún más y trabajar en él con fe inquebrantable.

Ya en Maguncia lleva á cabo nuevos ensayos, ensayos que son también infructuosos por la carencia de recursos, y entonces solicita el apoyo de Juan Faust, rico mercader, quién se lo ofrece en condiciones que consiguieron en una escritura, y por las que, si Guttenberg no devolvía á Faust el préstamo que este le hacía en efectivo, eran de su propiedad los materiales que aquel aportaba á la sociedad. Entró también á formar parte de ella, y despues de algún tiempo, un hábil operario llamado Pedro Schoeffer, quien llevó á cabo la aleacion conveniente de plomo y antimonio para fundir las letras que habian de sustituir á las de que hasta entonces se sirvieran Guttenberg y Faust, y desde aquel momento trabajaron todos bajo la dirección inmediata de Guttenberg, con ahinco sin igual, y en las pruebas satisfactorias que hicieron, y en los trabajos emprendidos, se gastaron los préstamos hechos á Guttenberg por Faust, y estos mismos trabajos que anunciaban un resultado admirable, hicieron concebir á Faust la idea de anular la actividad y la inteligencia de Guttenberg, apropiándose su invento, y al efecto, empezó por conceder á Schoeffer la mano de su hija para así ligarlo más á su proyecto, y concluyó por demandar ante los tribunales á Guttenberg para que le abonase cuanto le debía; y como desgraciada-

mente se hallaba imposibilitado para así hacerlo, y la escritura que otorgára le condenaba, vió desaparecer entre las manos del mercader Faust, aquellos elementos más principales de su arte, y que sólo le dejaban para empezar una vez más su inteligencia y su fe.

Solos ya Faust y Schoeffer, desarrollan á su antojo las publicaciones que emprendieran ántes de arrojar de su lado á Guttenberg cuidando de ocultar el nombre de éste como si ya fuera posible hacerlo desaparecer de la tierra.

Mas no desmaya por eso Guttenberg, que su alma noble adquiere nuevos bríos cuanto mayores son sus sufrimientos, y vuelve de nuevo á buscar otro apoyo más leal y más sincero que lo fuera el de Faust, y lo encuentra afortunadamente en la persona del doctor Conrado Humery, síndico de Maguncia. Este hombre digno y honrado da á Guttenberg el capital que necesita, sin condiciones onerosas, y Guttenberg establece la primer imprenta en Maguncia el año 1455, y en ella consigue dar término á su primera Biblia.

Ya habia triunfado, ya tenia imprenta, ya veia coronados por el éxito sus azares, sus vigiliass, y sus estudios, y ya podía gozar satisfecho al contemplar su obra y al divisar al traves de ella todo lo que su fantasía soñára.

¡Cuán distinto proceder el de Faust y el de Humery! Faust se asocia á Guttenberg con el solo deseo de explotarlo, comprendiendo lo mucho que valia el invento que le ponía en sus manos, puesto que Guttenberg carecia de capital, y Humery se asocia no más

por el deseo de alentar á Guttenberg en su camino, sabiendo que al así hacerlo satisfacía las justísimas aspiraciones de un hombre, cual ningun otro trabajador y que merecía por tanto toda su protección y amparo.

Y henos aquí que al hablar de capital y de trabajo viene á nosotros el recuerdo de esa lucha constante que existe entre el capital y el trabajo, lucha cruenta que sin cuartel se libra á cada instante, y que no siempre va la razón al lado del que cree tenerla. El capital y el trabajo son hermanos gemelos; se necesitan mutuamente, porque nada son el uno sin el otro y como hermanos, cuando luchan, luchan con tenacidad, y luchan lastimosamente, porque en la lucha, las pérdidas son iguales para los dos. El capital jamás debe servir para explotar indignamente el trabajo, ni para hacerle ir tampoco á donde no debe llegar, y el trabajo debe igualmente no hacer alarde de lo que cree su fuerza, para intentar sobreponerse á lo que siempre debe respetar.

Igualdad, sí, de deberes y de derechos entre el capital y el trabajo, protección del primero al segundo, pero protección digna y honrada que en nada lastime la libertad de ambos, y el trabajo entonces, respetando el capital cual se merece, no intentará locas aventuras que le lleven por caminos extraviados que le anulen y le hagan más triste su condición.

Si respeto merece el capital, también el trabajo, que ambos tienen iguales aspiraciones, y aspiraciones justas que sirven para acrecentar el uno y el otro.

Pero volvamos al tema, del que impensadamente me habia separado.

Desde 1455 hasta 1462 trabajó Guttenberg con entusiasmo sin igual y sin descanso alguno, en el arte por él inventado, y consiguió publicar otras varias obras, y en este último año vió desaparecer su imprenta en el saqueo de que fué víctima la ciudad de Maguncia al estallar una de sus guerras civiles. Tres años después, ó sea en 1465, murió Guttenberg.

Desde Guttenberg hasta nuestros días, hay todo un mundo en el arte de imprimir, mundo representado por el desarrollo siempre creciente de ese arte, y lo que ayer era pesada prensa de madera, es hoy ágil máquina de hierro que imprime velozmente; y lo que ayer eran caractéres toscos que dificultaban la impresión, son hoy tipos elegantes que la realizan aún más, y con esos tipos vemos igualmente abundante material que completa el arte, obreros estudiosos á él dedicados, hombres ávidos siempre de elevarlo á mayor altura, puesto que como obra debida á inspiración divina no conoce límites en el más allá.

A qué molestaros, señores, describiendo minuciosamente el interior de una imprenta? Qué pocos no lo conocerán? En objetos de madera, llamados *cajas*, que están divididas en *cajetines*, se hallan los caractéres ó tipos de imprenta distribuidos convencionalmente; estos tipos ó caractéres va cogiéndolos uno á uno el operario llamado *cajista*, que los coloca en otro objeto de hierro llamado *componedor*, y en él va formando las palabras que separa con *espacios*; los renglones

luego, que separa también con piezas llamadas *interlíneas*, y así las páginas del libro y las columnas del periódico, que hacen planas, las colocan en *galeras* ó *galerines* que así se designan, según el tamaño; planas que sujetan con hilo bramante, y terminada esta operación, que se llama *componer*, viene la de *corregir* el trabajo compuesto, corrección que está á cargo del operario director de cajas, que se llama *regente*, y viene despues la *imposición* del molde, imposición que se hace en la platina de la prensa y por el operario llamado *prensista*, y éste verifica el arreglo, saca pruebas, el regente las examina, en unión del cajista, y teniendo á la vista el original que sirvió para la composición, y una vez hecha la comprueba, se procede á la impresión. La impresión tiene lugar mojando antes el papel en que va á hacerse, para que imprima mejor y se deteriore menos el material de que se ha hecho uso, y este papel se tiende luego, se seca, se satina para quitar las huellas de la impresión, y si ha de formar parte de un libro, viene á manos del encuadernador que lo confecciona.

El libro y el periódico viven hoy vida robusta y lozana; se les tiene en gran estima, como representación genuina de la imprenta, y corren pasmosamente por el mundo todo difundiendo la luz que de ellos emana.

Concluyamos. La humanidad no puede olvidar nunca á Guttenberg, como tampoco á esa pléyade de hombres ilustres que al sacrificar por ella su inteligencia y su actividad, la han honrado, puesto que si

Guttenberg figura en primera línea, por lo atrevido del pensamiento que llevó á cabo, no fué menos atrevido, por ejemplo, el de Franklin, que supo arrancar de las nubes el rayo para arrojarlo á su antojo en las profundidades de la tierra.



HE DICHO.

